



Crónica de gentes

VAZQUEZ DIAZ

notas para un centenario

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

SU padre tenía unos bigotes formidables y había nacido en Campofrío. Su madre también. (Quiero decir que había nacido también en Campofrío, no que tuviera unos bigotes formidables: quienes la conocieron entonces recuerdan su extraordinaria belleza).

Cuando Daniel nació la familia vivía ya en Nerva y Nerva todavía no había nacido. Daniel Vázquez Díaz vino al mundo en Aldea de Riotinto (Huelva) el 15 de enero de 1882, tres años antes de que la aldea —al convertirse en municipio independiente— tomara el nombre de Nerva (*imp. Nervae Caesari pontifici maximo...*).

Los ingleses llevaban allí ocho años y asentaban su imperio de cobre, un imperio que duraría cerca de un siglo (¡aquellos «breeches» impecables de Gordon Douglas!). Durante mucho tiempo en el lejano Madrid pasaron regímenes y reyes, mientras en el cercano Riotinto gobernaba siempre la misma reina Victoria, emperatriz de las Indias y de aquellos antiquísimos veneros rojos de la Turdetania. Ciertamente la «unión jack» ondeaba en las

oficinas de la todopoderosa compañía cuando el rey de España cumplía años, pero las fiestas y jolgorios quedaban reservadas para el día 24 de mayo. Hasta los trenes de mineral paraban, según ordenaba el tablón de anuncios: «Trains do not run on Sundays or on Queen Victoria's birthday».

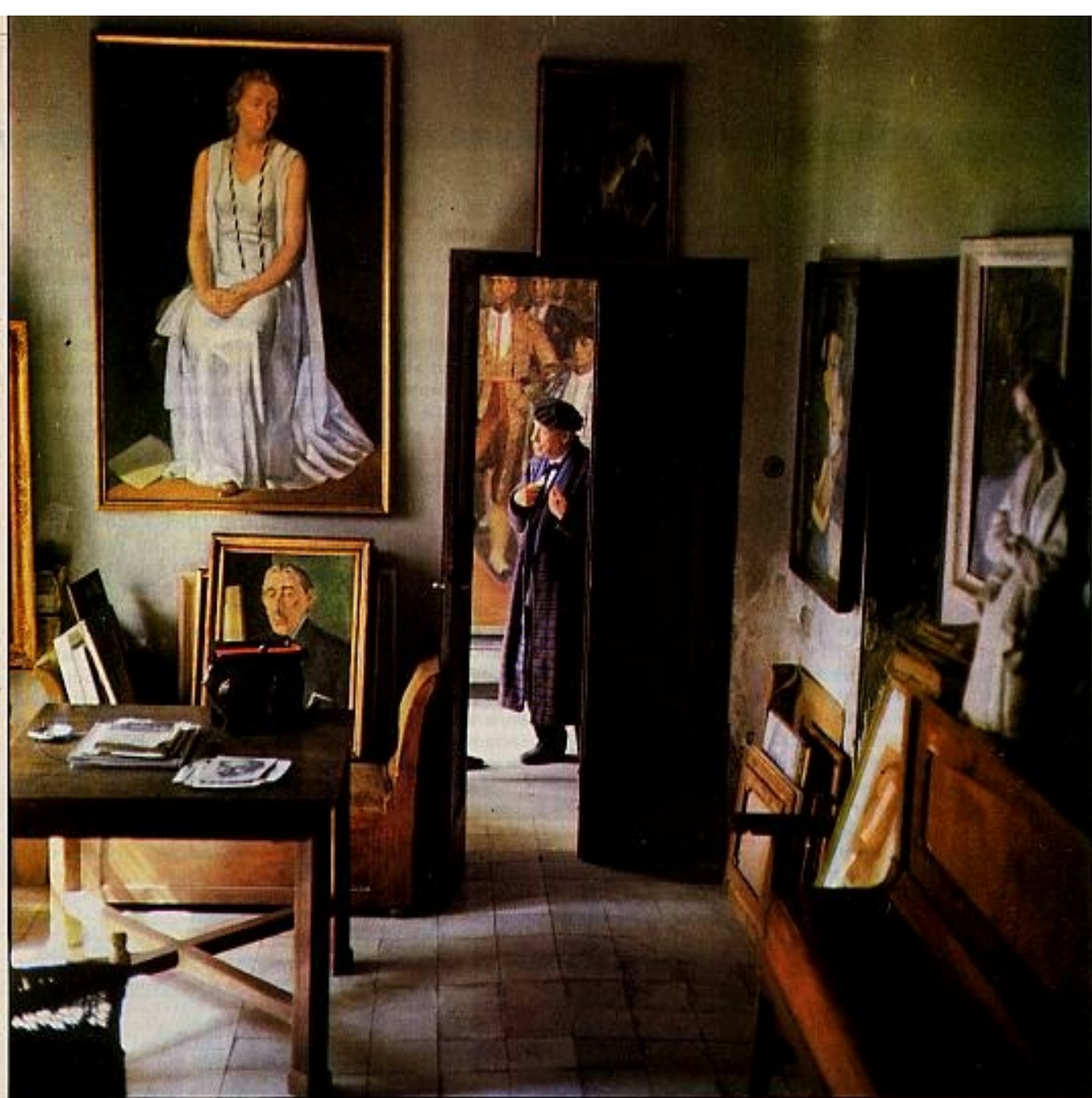
Al calor de las minas (la Mina por antonomasia) había llegado a la aldea el padre del pintor, Daniel Vázquez Delgado. Huérfano al filo de la adolescencia tuvo que sacar adelante su casa, con madre y dos hermanas. Por la Sierra de Aracena iba de Campofrío a Sevilla y de Sevilla a Campofrío, con una mula, vendiendo y comprando, comprando y vendiendo. En Campofrío vivió hasta 1878 y allí casó con Jacoba Díaz Muñoz.

Cuentan que vendió biblias. También taponos de corcho, producto más natural en la región que los libros santos. Me dice Eduardo Haro que su padre conoció en Londres —durante la primera guerra mundial— a un vecino de Higuera de la Sierra (entonces llamada Higuera junto a Aracena) que subía desde la Sierra, por España y Francia, vendiendo taponos. Todo su francés se reducía a una frase: «Voulez-vous acheter des bouchons?». Y con eso se defendía por la vida y el

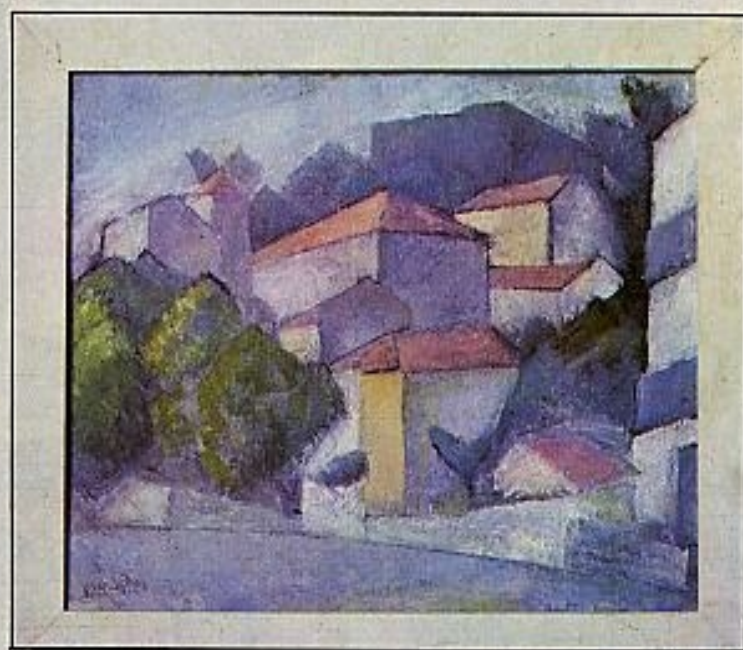
comercio exterior. Vázquez Delgado montó una industria taponera en Campofrío y con el tiempo un pariente suyo —Emilio Arjona Díaz— sería un «rey del corcho»...

Cuando llegan a la pre-Nerva, anda la aldea en los comienzos de una espectacular expansión. En ella se concentra buena parte de la población minera. Nerva es casi una ciudad-dormitorio de Riotinto, donde se vive con gran libertad: lejos de Cánovas y no tan cerca de Disraeli como en la mina.

Daniel y Jacoba tuvieron diecisiete hijos. El antiguo vendedor de biblias, ya próspero comerciante, bautiza a los varones con nombres judíos: Daniel, Ezequiel, Isaias, Ismael, Moisés... Tiene relaciones mercantiles con Sevilla. Por eso cuando el joven Daniel va allí para hacerse profesor mercantil hará prácticas de contabilidad en los Almacenes Fernández, de la Plaza del Duque. Antes Daniel estudia el bachillerato con los muy severos salesianos de Utrera, y antes aún —llevado de una vocación irrefrenable— ha empezado a pintar. Dicen que a los ocho años pintó un meritorio retrato de su madre y en el Museo de Huelva está el «Niño de Nerva», óleo infantil por autor y por tema: un vecinito sordo-



Vázquez Díaz en su estudio de María de Molina, a la manera de Velázquez en «Las Meninas». Puede verse el retrato de Juan de Echevarría, el de su mujer, al fondo algo de «Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini». Abajo, un paisaje.



VAZQUEZ DIAZ

mudo, «hijo de la comadre Tecla», apellidado Real.

Acaso en los años mozos sevillanos conoció y trató a su paisano el moguerense Juan Ramón Jiménez, que como Daniel quería ser también pintor y que en Sevilla estudiaba Derecho por consejo familiar.

Muchos años después recordaba don Daniel que su padre —en vista del empeño por la pintura— le puso en Sevilla un profesor particular de dibujo. El profesor era malo, pero le hacía muchos encargos (más justo sería poner el consecuente «por lo cual» en lugar de este «pero» adversativo. Vamos a dejarlo así y que tape la conjunción la vergüenza ajena que el hecho produce). Muchos de los retratos que le encargaban los hizo el aprendiz nervense.

El padre acepta su idea de convertir en profesión la vocación, y viene Daniel a Madrid. Hace copias en El Prado, enamorado ya de Zurbarán y el Greco desde Sevilla. Conoce a Juan Gris, que por entonces ni es Juan Gris ni es pintor, sino un enfermizo estudiante llamado Victoriano González al que su padre quiere convertir en ingeniero industrial. Daniel lo arrastra a la pintura (fácil arrastre con persona tan predispuesta). La amistad de Vázquez Díaz y Gris, continuada luego en París, será muy grande.

Bastante tiempo después Picasso —amigo de ambos— mostraría algo así como celos retrospectivos ante Daniel Zarza Vázquez:

—Tu tío quería mucho más a Juan Gris que a mí.

De Madrid a París. Y antes el deslumbramiento —quizá no sea la palabra adecuada— frente al paisaje vasco. Desde entonces Fuenterrabía será una constante en su vida y en su arte, y así fue como el onubense Vázquez Díaz resulta ser para muchos el mejor de los pintores vascos. A mitad del viaje Daniel estuvo en San Sebastián. No quería pedir dinero al padre (a quien había contrariado en sus deseos de hacerle un comerciante de tronío) y lo gana haciendo siluetas recortadas con tijera sobre cartulina negra en el Gran Kursaal de San Sebastián. Cuentan que lo hacía con seguridad y rapidez, que es como pintó siempre.

El primer día de París conoció a Modigliani en un restaurante de Montmartre y ya fueron grandes amigos.

También en París conoció a Eva Aggerholm escultora danesa de familia pudiente, con la que acabaría casándose. Por ella trató al escultor Bourdelle, una de los artistas que más le influyeron junto a Cézanne.

Todo esto es conocido y está en las

biografías. Y el conocimiento de Rubén Darío y los encargos de éste para la revista «*Mundial*», donde hará las cabezas de grandes contemporáneos. Triunfo en París. Una de sus primeras exposiciones, en 1908, la hizo con Picasso. Henri Barbusse le escribió el prólogo de otra individual dos años más tarde. Picasso ahondó, desarrolló y trascendió el legado de Cézanne y así el malagueño universal cambió la pintura del mundo. Su amigo el onubense volvió a España (Después de todo el cupo de andaluces universales ya lo había cubierto Huelva con Juan Ramón). Son muchos los que piensan que con su venida a España cambió la forma indígena de pintar. La lista de discípulos es variada e impresionante: Caneja, Olasagasti, Caballero, Juan Antonio Morales, Canogar, Ibarrola, Redondela, Carpe, Clavo... Supo ser un maestro que jamás convirtió al discípulo en seguidor sino que lo puso en condiciones de dar lo mejor y más auténtico de sí. Pero en fin, esto también es sabido. Como lo es asimismo que el pintor aceptado en París fue recibido de uñas en Madrid. «De regreso a Madrid—dirá— sufro una crisis de desaliento». Y a punto estuvo de irse a vivir a Granada con su amigo Manuel de Falla. Y sabido es cómo fue rechazado en las primeras oposiciones a la Escuela de Bellas Artes de San

Fernando (hubo una manifestación de protesta ante el desmán académico capitaneada por el revoltoso y original Salvador Dalí).

En Madrid tuvo exposición en 1921, prolongada por Juan Ramón Jiménez. Entre otras cosas Juan Ramón escribió: «El arte de Daniel Vázquez Díaz es producto conscientemente evolutivo, revolucionario. El pintor nervense ha asumido, desde muy joven —estancia en París, como en el caso de Manuel de Falla; la literatura viaja, la música menos, la pintura casi nada—, las influencias más variadas, progresivas y culminantes, en forma, ritmo y color —Renoir, Cézanne, Gauguin, Bourdelle— y las ha

Fragmento de «*Los hermanos Solana*».





Vázquez Díaz es el gran testigo de su tiempo. Inició la serie de cabezas en París para la revista «Mundial» que dirigía Rubén. Aquí tenemos: Juan Ramón, Baroja, Ortega, Unamuno, Menéndez Pidal e Ignacio Sánchez Mejías.

disciplinado día tras día, ofreciendo, en cada nuevo agosto, el fruto nuevo... Bien dotado para «pintor», para tenor de la paleta, pudo perderse— y estuvo a punto— en ese abierto montón famoso y laureado del fácil nacionalismo pictórico, los rearuinadores ladrilleros de Castilla rancia, los adormilados del castellanismo forzoso, ¡ay, pintores, poetas y músicos «españoles» del día, castellanos o no!; o en el otro montón —y el mismo— del último virtuosismo del grano, del tubo, del además de los brazos armados de paleta y pincel —¡la batalla del arte!—: groseros recalentadores, aquéllos y éstos, de la olla bien podrida, en la cocina cerrada —¡ni un tragaluz, ni chimenea siquiera!— de la venta nacional.

Varias veces pintó a Juan Ramón (y a Baroja y a Unamuno y a toda la historia de España: hay cuatro retratos de Franco, tres de Alfonso XIII —al-

guno con su historia detrás—, y hay un extraordinario retrato de Indalecio Prieto en el Ministerio de Hacienda. Siempre a Vázquez Díaz le gustaron los gordos como modelo). También algún retrato de Juan Ramón tiene su historia.

El modelo preferido del pintor era Unamuno. Alguna vez dijo que era «el hombre más guapo del mundo». Y yo le escuché referirse a Unamuno y hablar de «su maravillosa cabeza, por lo de dentro y por lo de fuera». A don Miguel de Unamuno le gustaba mucho posar para Vázquez Díaz, tanto por la pintura de Daniel como por el danés de Eva, que él estudiaba en aquellos años para leer a Kierkegaard.

En 1965 coincidí con don Daniel en algunas exposiciones. En una de ellas se formó junto al pintor una tertulia improvisada y alguien habló de cierto pintor de cierta fama —al menos local y regional—. Era un pintor de esos que

Juan Ramón habría llamado «fandangeros». Aquel hombre no dejaba que sus discípulos le vieran pintar para que no pudieran copiar la técnica y hacerle luego la competencia.

Comentario de Vázquez Díaz.

—¡Eso que han ganado!

Estaba en el grupo un muchacho andaluz «moreno de verde luna» y don Daniel le dijo que quedaría muy bien vestido de novillero para un cuadro que quería hacer. Nunca posó mi amigo. Años después pasábamos por la calle María de Molina, donde el pintor tuvo su estudio y su casa, y vimos el edificio de pisos construido sobre el solar del estudio. Quise yo saber lo que había quedado en la memoria de la vecindad y pregunté a la portera de al lado. Al pronto no caía. Luego dijo:

—¡Sí, hombre, sí! ¡Usted se refiere al viejo que vendía marcos!

Que tomen nota los aspirantes a gloria nacional. ■ V.M.R.